

cargado del establecimiento se abstiene escrupulosamente de rascar las paredes y de limpiar los instrumentos que le están confiados, por temor de comprometerse y de ahuyentar el mágico poder que la tradición atribuye á tan curiosos restos de la antigua astronomía.

En el fondo del recinto hay una escalera que conduce á la plataforma de la torre, elevada 4 metros sobre el nivel de la muralla. Dos esferas armilares, un horizonte azimutal, un cuarto de círculo y un inmenso globo celeste permanece en el mismo sitio despues de ciento cuarenta años, vueltos sin duda hácia el punto mismo á que la mano del padre Verbiest los habia dirigido. Un viejo escabel ó taburete se ve aun en un ángulo de la plataforma: acaso sirviera tambien al astrónomo.

En el globo celeste, cuya masa pesa lo menos dos mil libras, están representadas las estrellas como tambien los signos del zodiaco; pero todo casi borrado por la acción del tiempo. Los pies de todos estos instrumentos, modelados en bronce, figuran el dragon imperial trepando en varias posturas. El artista que los concibiera hizo verdaderamente una obra maestra que pudiera servir de modelo para escultura de ornamentación. Vista desde el centro de la ciudad la torre tiene un aspecto extraño: las palancas, las biellas, los grandes brazos de sus máquinas astronómicas se dibujan en el horizonte como los miembros de una araña gigantesca.

Tal es el establecimiento conquistado en la época de la mayor autoridad de los misioneros católicos en los consejos del imperio, y único que ha sido respetado y defendido contra el pillaje y la destrucción popular en que cayeron todas sus pertenencias.

El recinto del Observatorio está inmediato al del *Templo de los Letrados*: este vasto *yamun*, que se llama *Wen-hio-Kung*, es la propiedad de la corporación de los hombres de letras. En él se celebran anualmente los exámenes literarios: en esta época una numerosa multitud acude á la puerta á saber los resultados. Ya se sabe que en China no se puede llegar á ninguna posición sin haber recibido sus grados previamente.

Encuéntanse en el *Wen-hio-Kung* anchurosas salas ricamente exornadas para las solemnidades literarias: en el salón, que es magnífico, hay una pagoda en honor de Confucio y una serie de celditas donde se encierran los aspirantes letrados que han de tratar por escrito la cuestión dada, sin otro auxilio que papel blanco, un escritorio y pinceles: un vigilante colocado en la puerta impide toda comunicación con el exterior y aun con ellos mismos. El *yamun* de los letrados está habitado por un gobernador ó superintendente literario.

Salgamos ahora si os place de estas estrechas ca-

lles, y volvamos á subir por la gran calle del Este hasta el Norte de Pekin.

La muchedumbre rebulle en esta ancha arteria de la ciudad mongólica, y es prudente andar por las orillas para evitar ser atropellados por las personas, bestias y carros que se cruzan en todas direcciones.

Este edificio de la izquierda, á la entrada de esta calle, es el tribunal de los Ritos y el ministerio de Negocios Extranjeros: nada tiene de particular este antiguo edificio, sino la circunstancia de servir para las entrevistas del príncipe *Kong* y sus confidentes con los ministros europeos: en él se firmó en 25 de octubre de 1860 el tratado de paz que terminó la última guerra.

Hé aquí al gran mandarín *Wen-Siang* que asoma por la avenida en dirección al tribunal de los Ritos. Viene acompañado de toda la pompa oriental: trae una escolta de caballería delante, y detrás, bien que no haga sol, esclavos provistos de quitasoles; siguelo tambien todo el personal del tribunal, y por aumentar su cortejo, cada uno de los mandarines subalternos trae detrás su numerosa servidumbre.

La calle del Este es una de las más populosas y de las más comerciales de la ciudad mongólica; pero nótese bien, en todo este concurso de seres humanos casi no se ven mujeres, salvo aquellas de la más ínfima clase: las demás permanecen encerradas en sus casas. En cambio se ven multitud de soldados de policía encargados de la limpieza de las calles.

Y ¡qué prodigiosa concurrencia de sillas de mano! En China todo hombre que se estima en algo debe ir á caballo, si no en litera. Como nosotros vamos á pie, prefiriendo este medio de locomoción para observarlo todo mejor, nos tienen á mi entender por gente de poco más ó menos.

Hay por tanto alquiladores de sillas, de las cuales tienen grandes depósitos, y se puede tomar una por el módico precio de una piastra por día. Hay tambien paradores de carros con una ó dos mulas de tiro, y que tienen por cierto bella vista: la caja está abigarrada de colores vivos por fuera, y forrada por dentro de tafetan rojo ó verde; pero estos malditos vehículos no van en suspensión y hacer una carrera en ellos por tales calles es esponerse á una molestia horrible.

Las calles, empedradas en otro tiempo con asperones planos de 4 metros cuadrados por un espesor de 40 centímetros, no han sufrido reparación ninguna hace doscientos años: la mayor parte de estas losas gastadas profundamente por el uso, han llegado ya á agujerarse peligrosamente: para hacer rodar un carruaje por tales calles, es preciso ser chinos. Cuando no se vuelca, hace sufrir vaivenes violentísimos: con eso y todo, la gente de Pekin se acomoda á ello admirablemente. El cochero que no tiene más asiento que el pescante, se mantiene en él no sé por qué pro-

digio de equilibrio. El precio es convencional con el cochero; pero yo creo que mi descripción no dará á nadie deseos de intentar un paseo con él.

La larga perspectiva que ofrece la calle del Este, regularmente trazada y guarnecida de edificios, está interrumpida á la mitad por cuatro arcos triunfales, bajo los cuales vamos á pasar. Hechos de piedra y madera, cargados de esculturas que representan animales fabulosos, pájaros y flores, se componen de dos grandes pilares sosteniendo un entablamento con tejado chino; pero puede decirse que son más bien puertas que arcos de triunfo.

En la calle paralela al Oeste de la ciudad hay otros cuatro arcos idénticos.

A la derecha cerca de la muralla están situados los graneros de la abundancia que nos dispensaremos de visitar.

Solo se ven aquí inmensos edificios en un estado de completo deterioro. En otro tiempo contenían provisiones de arroz, de trigo y de cebada, en cantidad suficiente para el consumo de la población en ocho años. La ciudad de *Tong-Cheon* aun los tenía más grandes. Desde el advenimiento de la dinastía manchú, han sido abandonados y solo sirven ya para alojar mendigos y una inmensa multitud de ratas.

Los dos lados de la calle al extremo setentrional están ocupados por los dos templos más célebres de Pekin: á la izquierda el templo de Confucio, á la derecha el de los Mil Lamas.

El templo de Confucio es una pagoda circular rodeada de escaleras de mármol con pasamanos de escultura: su cubierta es de tejas barnizadas de verde esmeralda. El interior nada ofrece de particular, á no ser la gran extensión de la sala de las plegarias circuida de galerías de mármol blanco, en cuyas paredes resaltan unas tablillas de mármol negro, donde están grabadas con letras de oro sentencias tomadas de los escritos del filósofo.

Aquí no se ven más estatuas que las de Confucio y su discípulo *Men-tseu*, ni se quema incienso ninguno: sin embargo, la denominación del templo de Confucio parece falsa, ó á lo menos se ha alterado su culto; porque este filósofo profesaba la razón pura y hay en él sacerdotes consagrados á las ceremonias religiosas.

Las figuras de león con cabezas de monos y la escalera adornada con tiaras de cuernos del templo de los *Ming* conduce al pórtico del famoso templo de los Mil Lamas; y es de admirar la semejanza de estas tiaras búdicas con las católicas.

La fachada del templo de los Mil Lamas está sostenida por enormes armazones á que se adaptan unos bastidores de madera tallada con encerados de papel en lugar de vidrios: es un gran edificio cuadrado con pilastras, pero sin cornisas ni molduras. El convento

situado á espaldas del templo, está dentro de un recinto que se extiende á 2 kilómetros lo menos de rodeo. Su puerta está escrupulosamente cerrada á esta hora del día: ya tendremos ocasión de volver más tarde. Sin embargo, diré desde luego que en el interior del templo, muy rico por cierto, se admira una estatua colosal de madera dorada que representa á Bouddhá, y cuya altura es nada menos que de 70 pies.

Este establecimiento religioso pertenece á los lamas, es decir, á los sacerdotes del budhismo reformado que difiere de la religión de Fo, profesada por los *bonzos* chinos. Los *mandchúes* y los mongoles, que habitan en gran número en Pekin, y son más religiosos que los chinos, vienen ordinariamente aquí á hacer sus piadosas devociones.

Volvamos ahora á la izquierda y pasaremos junto á la puerta del *Ngan-tiáng* por la cual entró en Pekin el ejército aliado; despues pasaremos la encrucijada donde se eleva la torre de la Campana.

La construcción de este edificio tiene mucha analogía con las de la puerta de la ciudad y debe ser del mismo tiempo.

El piso superior está formado por una bóveda horadada por dos aberturas; por encima se eleva una torre rectangular cubierta de un ancho techo rojo con recuadros de tejas verdes: arcos artísticamente esculpidos dejan entrever el tamaño de una gran campana de bronce sin badajo, que suena al golpe de unos martillos de madera de hierro. Los guardas de la ciudad la emplean de noche en señal de alarma, en caso de ataque ó de incendio; es el toque de rebato en Pekin.

En los demás distritos hay tambien muchas campanas de este género; pero éstas sirven solo para anunciar las velas de la noche, que son de dos horas: anúnciase la primera dando un solo golpe que se repite á cada cuarto de hora; dánse dos golpes para la segunda, tres para la tercera, y así sucesivamente: la noche se divide en cinco velas.

La calle que parte de la encrucijada de la Campana, y que sube hácia el Noreste en dirección de la puerta de *Toa-Chang*, sigue por algun tiempo la parte setentrional de los lagos de Pekin, llamada enfáticamente por los chinos *la Mar del Norte*, y alimentada por las aguas de los fosos que se derraman por medio de una esclusa que remata en una gran verja de palo.

Por esta parte no se ven ya más monumentos, que el gracioso templo de *Ta-qua*, que pertenece á la secta de *Tao*, y que se alza en el centro de un islote á la estremidad del Mar del Norte.

La pagoda principal está en una situación pintoresca y en medio de una vegetación exuberante. Contiene una multitud de ídolos de este extraño culto, último vestigio del fetichismo antiguo, despreciado

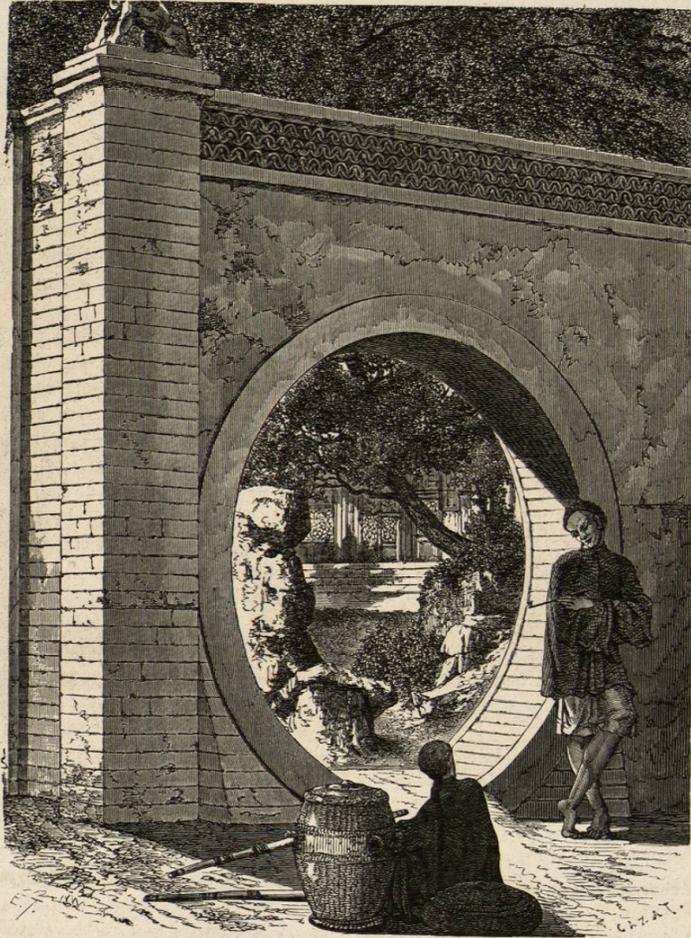
por la mayoría de los chinos y profesado únicamente por las infimas clases del populacho.

Pero tiempo es ya de descender directamente hacia la puerta de *Hao*, que nos dará paso al recinto de la Ciudad Amarilla.

Hé aquí el Mar de las Cañas, cubierto de ninfeas

azules y amarillas, de cañas de penacho y de nenumbos: bien merece el nombre que se le da, porque estas plantas acuáticas invaden mas de la mitad de su superficie. El aspecto de estas plantas es delicioso en el tiempo de su eflorescencia.

Pasemos la presa de agua que surte á la Ciudad



Pekin.—Puerta de Yamoun anterior.—De fotografía.

Amarilla, atravesemos la puerta de *Hao*, que no difiere de las del recinto exterior de la ciudad, sino que por la falta del cuerpo de guardia y de la media luna, y penetremos hasta el pie de la Montaña de Carbon, que es el punto mas elevado de Pekin.

La Montaña de Carbon (*Mee-Chaen*) es una colina

dominada por otra prominencia que corona un kiosko de dos pisos construido con maravillosa elegancia. Una multitud de kioskos, de pagodas, de templos, de fus, cubren esta colina, agrupándose pintorescamente unos sobre otros á diferentes alturas. Un manto de cesped siempre verde envuelve graciosamente

todos sus repechos, mientras que en el resto de la ciudad el mas débil tallo de yerba se ve marchito por el sol y por el polvo de Mongolia.

Esta fertilidad de la Montaña de Carbon consiste en la humedad de su fondo y en la gran cantidad de carbon de piedra de que se compone. Cuenta la historia á este propósito, que en edades pasadas cierto emperador de China, amenazado por sitiadores tártaros, hizo acumular en este paraje todo el combustible

necesario para el consumo de la ciudad durante muchos años. Sea cualquiera la verdad de esta tradicion, lo cierto es que la ulla forma la base del macizo y que ha sido acumulada á mano: el tiempo y la descomposicion lo han cubierto de una gruesa capa de tierra vegetal.

Nada mas divertido que un paseo por medio de este laberinto de callejuelas que forman las vistosas construcciones de la colina, donde solo habitan los



Pekin.—Patio interior de la legacion inglesa.—De fotografía.

lonzos y los personajes de un orden elevado: por eso no se encuentra aquí la inmundicia que afea los cuarteles ó barriadas populares. Vése uno agradablemente sorprendido á cada paso: puentes de rocalla, fuentes de esculturas rústicas, pagodas que dejan entrever sus estraños ídolos; despues bosqueillos de camelias, de lilas, de lotos; grupos de cedros seculares, pájaros vistosos que cantan alegremente en medio de esta naturaleza nupcial, y... pocos chinos; porque estos aristócratas no son aficionados á pasear, ni salen de sus casas sino en pomposo alarde.

Desde la cumbre del Carbon se abarca un panora-

ma inmenso; como que es el punto culminante de Pekin.

Si volvemos á la derecha descubrimos el *Pei-tha-sse*, que se eleva en una península del *Mar del Medio*. El *Pei-tha-sse* es á la vez una *boncería* y un monumento funerario, erigido á la memoria del último emperador de la dinastía de los *Ming*. Aun existe en el jardin imperial el árbol en que se ahorcó este infortunado monarca, cuando su capital fue tomada por los tártaros (1644). El emperador *mandchú*, que lo habia despojado de su trono, hizo cargar de cadenas el árbol culpable, por haber prestado sus ramas al Hijo

del Cielo para que en ellas se sacrificara: en este absurdo castigo veía el usurpador un hábil medio de conservar á los ojos del pueblo el prestigio é inviolabilidad de la imperial soberanía. El árbol murió de vejez; pero aun pesan en su seco tronco enormes cadenas de hierro.

El Pei-tha-sse, colocado en medio de una espesura, sobre una colina artificial, está rodeado de kioscos, pagodas y *bonzerías*: su cúpula redonda en forma de sombrero se destaca gallardamente en medio de las dormidas aguas. Esta cúpula dorada y los altos mástiles que indican el monumento imperial, descuellan sobre las copas de los árboles: el resto de los edificios aparece en un desorden pintoresco al través del espeso follaje.

A la estremidad derecha se ve el bello puente de mármol que enlaza la Ciudad Amarilla á la Ciudad Mongólica: este puente análogo al de Pa-li-kiao, y que parece ser de la misma época, es una obra maestra de escultura. El mármol se retuerce suavemente en graciosas espirales tomando todas las formas que el arte y la paciencia de los chinos han sabido darle.

El puente tiene una esclusa, por medio de la cual se lleva el agua á voluntad á las dos partes del lago.

El Mar del Medio, que generalmente tiene poca agua, está rodeado de grandes parques imperiales, donde se admiran magníficos arbolados: algunos fus ó palacios descúbrense también.

Detengámonos delante de esta pagoda, situada en el ángulo Noroeste de la *Ciudad Roja*, y á donde los príncipes de la familia imperial vienen á sufrir sus exámenes literarios, de los cuales no se les dispensa. Está mucho más ricamente exornada que el *Templo de los tetrados*: tiene dos pequeños pabellones de madera pintada y esculpida con esquisito gusto; el tejado del kiosco principal está dominado por un dragón gigantesco y de cinco garras, emblema del poder imperial; sus escamas verdes, su lengua roja, sus ojos de porcelana blanca y negra, resaltan sobre las tejas de oro; una multitud de otros animales fabulosos se retuercen, se acosan, se hostilizan en violentas é inverosímiles posturas sobre las cornisas, en los dinteles, en los plintos y en los arcos de esta pagoda, una de las más curiosas y mejor conservadas de Pekin, donde se cuentan á millares.

Hé aquí ahora los muros de la *Ciudad Imperial*, que se reconocen por el color rojo de los ladrillos de su construcción, y por su capitel de barnizadas tejas de un amarillo de oro que los corona en toda su extensión. De aquí proviene el nombre de *Ciudad Roja* que dan los chinos al palacio imperial, cuyos numerosos edificios cubren una superficie de 80 hectáreas.

La *Ciudad Roja*, que forma un cuadrilátero, está defendida, aparte sus murallas, por anchos fosos:

cuatro puertas le dan entrada por sus cuatro lados principales. Pero no nos es permitido entrar; y por más justa que sea nuestra curiosidad, hemos de contentarnos con ver los tejados color de oro de los grandes pabellones que se suceden simétricamente.

Todos estos edificios están revestidos de laca amarilla, color exclusivamente reservado al emperador.

El palacio del emperador es un recinto inviolable: ningún europeo ha podido penetrar en él en los tiempos modernos.

El capitán Bouvier, habiendo un día salvado los fosos por un puente, se introdujo en el interior por una brecha de la muralla; pero apenas había dado algunos pasos, se le presentó un mandarin militar seguido de algunos soldados, y como el capitán no hiciera caso de los ruegos que le hacía invitándolo á retirarse, el infortunado chino le indicó su cuello con un ademán harto significativo, como queriendo expresar el castigo que se le impondría por permitir que un europeo entrase en el santuario imperial. El capitán no quiso cargar su conciencia con la muerte de un hombre y se retiró sin haber satisfecho su curiosidad.

Pero no sucedía lo mismo en el siglo XVIII cuando los misioneros llegaron á obtener toda la confianza del emperador *Kang-hi*: muchos de ellos fueron admitidos en el sagrado recinto y nos han dejado curiosas y fidedignas relaciones.

Hé aquí lo que refiere el padre Grósier:

«El palacio del emperador comprende nueve grandes patios que se suceden los unos á los otros y se comunican por puertas de mármol blanco, sobre las cuales se extienden pabellones resplandecientes de barniz y oro. Vastas galerías forman el recinto de estos patios que están acompañados lateralmente de otros muchos destinados á reposterías y caballerizas. La primera que es la de entrada es muy espaciosa, y se baja á ella por una escalera de mármol adornada con dos leones de cobre y de una balastrada de mármol blanco, formando una herradura: está atravesada por un riachuelo que se pasa por puentes también de mármol. En el fondo de este patio se alza una fachada con tres puertas, una de las cuales está reservada al emperador, quedando las otras dos para sus dignatarios. Las tres conducen á un segundo patio que es el más espacioso del palacio: una estensa galería lo rodea por todas partes, y sobre ella están los almacenes de las preciosidades que pertenecen exclusivamente al emperador. El primero de estos depósitos está lleno de vasos y otras obras de varios metales; el segundo encierra las más bellas clases de peletería; el tercero de vestidos que el emperador suele regalar á sus oficiales; el cuarto es la joyería; el quinto, que tiene dos pisos, está lleno de armarios y cofres que guardan las telas de seda del imperial servicio; otros

almacenes contienen armas de todas clases cogidas al enemigo ú ofrecidas en presente por los príncipes tributarios.

»En este segundo patio está la sala imperial que llaman *Tea-ho-tien* ó de la *Gran Union*. Esta sala se halla situada en lo alto de cinco azoteas dispuestas unas sobre otras y que gradualmente se van estrechando. Cada una de estas azoteas está revestida de mármol blanco y rodeada de balastradas artísticamente trabajadas. Delante de esta sala se colocan los mandarines cuando en los días señalados vienen á renovar sus homenajes y á hacer las ceremonias prescritas por las leyes del imperio.

»La sala, que es cuadrada, tiene cerca de 130 pies de longitud: su techo está esculpido, barnizado de verde y sobrecargado de dragones dorados; las columnas que sostienen su remate, tienen 6 ó 7 pies de circunferencia por su base, están revestidas de una capa de betún de cal y barnizadas de rojo escarlata. El pavimento está cubierto con un tapiz; pero las paredes completamente desnudas.

»El tesoro, que está en medio de esta sala, es un vasto cofre que forma una especie de estrado bastante alto con una sola y breve inscripción, á saber: *Chin*, que puede interpretarse por esta palabra: *Sagrado*.

»En la plataforma que sostiene esta sala, véanse grandes vasos de bronce en los cuales arden los perfumes en los días de ceremonia: véanse también candelabros en forma de pájaros, pintados de diversos colores, como las bujías y antorchas que en ellos se encienden.

»Prolóngase la plataforma hácia el Norte, sosteniendo otras dos salas. La una es una rotunda abierta por multitud de ventanas y espléndidamente barnizada. Aquí cambia de traje el emperador antes y después de la ceremonia. La otra es una vasta pieza por una de cuyas puertas debe pasar el emperador cuando viene á recibir en su trono los homenajes de su corte: entonces es conducido en litera por oficiales vestidos de una ancha túnica roja con bordaduras de seda, y cubiertos con un gorro de penacho.»

Añadiré á estos detalles, que hay también en el interior de este sagrado recinto, cuarteles y caballerizas, capaces de 15,000 hombres de tropa y 5,000 caballos; y en fin, que la Ciudad Roja constituye por sí sola una fortaleza defendida por los baluartes de la *Ciudad Amarilla*, que está comprendida también dentro de los muros de la *Ciudad Mongólica*. Así que serían necesarios tres sitios sucesivos para apoderarse del palacio Imperial.

Rodeando el recinto exterior, llegamos á la puerta del Sur de la *Ciudad Amarilla*. Los dos grandes parques que circuyen los lados de esta ancha avenida, comprenden las antiguas *bonzerías* abandonadas desde el advenimiento de la dinastía mandchú.

Pasada la puerta de *Tat-Sing*, se llega á una gran plaza, donde hay unos subterráneos que contienen grandes depósitos de carbon vegetal y otros combustibles.

Pero el día declina ya, Pekin no está alumbrado de noche y nosotros tampoco tenemos linternas. Volvamos, pues, á la izquierda, á la calle de *Tun-tio-mi-tio*, que está delante de nosotros y nos conducirá á la *Legación Francesa*.

X.

CONTINUACION DE LA CIUDAD TÁRTARA.—LA CIUDAD CHINA.

La bonzería de la Ciudad Amarilla.—La pagoda imperial.—La cuadra de los elefantes.—Establecimientos de las misiones católicas, anglicanas y griegas.—La catedral.—Atalaje de 200 caballos.—La encrucijada de las ejecuciones.—Horrible espectáculo.—La calle de los libreros.—La música de un entierro.—Pasaje del *bric-a-brac*.—La gran avenida del Centro.—Artesanos ambulantes.—Oradores populares.—Un embaucador.—Templo del Cielo.

He hecho pasear largamente al lector en el capítulo precedente por la *Ciudad Tártara*, y no he podido, sin embargo, hacerle visitar la parte occidental de esta gran población, donde hay monumentos dignos de interés, y de los cuales voy á dar aquí una sucinta descripción.

A la otra parte del puente de mármol que ciñe el mar del Medio, la *Ciudad Amarilla* contiene aun la plaza Mayor, el convento de los Bonzos, el *Peh-Tang*, establecimiento de los misioneros católicos, y la pagoda imperial de *Kwang-Min-Tien*.

Por fuera de la Ciudad Amarilla están el palacio episcopal ó *Nam-Tang*, la cuadra de los elefantes y el Templo de la Torre.

La *bonzería* de la Ciudad Amarilla, situada al Norte de Peh-Tang, se compone de una serie de edificios cuadrados que trazan espaciosos patios: el templo principal está enteramente construido de mármol blanco; una serie de pilares de mármol negro, formando una columnata imponente, sostiene la aguda espina del tejado que sobresale muchos metros por encima del entablamento; el intermedio de estos pilares está ocupado interiormente por otra serie de capillas que abrigan las estatuas de las numerosas divinidades del panteísmo chino. El altar principal está exornado de efigies de la trinidad búddica, del tamaño dos veces mayor que el natural.

A la derecha de esta bonzería, cuya puerta se abre á una encrucijada, se ven unas cabezas de león que indican la entrada del palacio perteneciente á los más altos personajes del imperio.

El recinto del Templo de la Torre rodea la avenida de *Li-Hona*, y está limitado por un canal que hace